

LA TRAGEDIA DE MANUEL AZAÑA

Alberto Reig Tapia
Universidad Complutense de Madrid

Manuel Azaña, como es sobradamente conocido, fue un destacado intelectual, un notable escritor y un brillantísimo orador capaz de fascinar a la totalidad de su auditorio. Fue también un político muy controvertido que presidió un período, esperanzado para muchos primero, y trágico, después, para todos de nuestra historia contemporánea.

Así como muy pocos —excepción hecha de los sectarios inasequibles al desaliento— negarán el talento de Azaña como escritor, su notoria inteligencia, así como la evidente brillantez de su oratoria, son muchos —o bastantes— los que discuten apasionadamente sobre la bondad y acierto de su gestión pública o, simplemente, rechazan con vehemencia el conjunto de su actuación política.

La obra de Azaña puede provocar diversas reacciones pero, difícilmente, nos dejará indiferentes. Después de leer a D. Manuel Azaña nos sentimos más humanos, más universales. En la tragedia y singularidad de su drama personal se hallan los componentes esenciales del género humano que nos hacen a cada uno de nosotros capaces de reconocernos en las vidas de los demás.

Llama más la atención el patético abatimiento de Azaña a lo largo de la guerra que su mera intervención política a lo largo de ésta, aunque ambas cuestiones no puedan deslindarse fácilmente. Es evidente que hay un Azaña hasta el 18 de julio de 1936 y otro a partir de esa fatídica fecha. No me parece ocioso por consiguiente destacar el «factor humano» del que fuera Presidente de la IIª República española en tan dramática coyuntura histórica. Azaña será, sobre todo, una patética voz que se dirigía a todos los contendientes y razonaba para todos los españoles mientras se mataban los unos a los otros: ese es su gran drama personal. El estallido de la guerra provoca en su persona un profundo desgarramiento interior que, en definitiva, terminará por acabar con él.

La espada y la pluma

«La escritura: lucha de la inteligencia contra el tiempo», decía Azaña, y esa es su gran victoria. Tras medio siglo de insultos e incomprensiones, por la derecha y por la izquierda, la verdad es que su escritura, su inteligencia, han sobrevivido

al «tiempo de silencio» impuesto por 40 años de dictadura al servicio de «la espada más limpia de Europa». Su pluma ha acabado por imponerse a la espada. Su obra es un valor en alza continuo y, sin embargo, transcurridos sólo trece años del cumplimiento del «hecho sucesorio», la frialdad de las estadísticas dan fe notarial del olvido y la indiferencia del pueblo español hacia la memoria del que otrora se proclamara su caudillo.

¿Quién se acuerda hoy de los calumniadores y perseguidores de Manuel Azaña? ¿Quién conoce los nombres de aquéllos que no encontraban otro argumento que el del insulto llamándole «Doña Manolita», «el monstruo» o «el verrugas»? ¿Quién lee hoy «Gracia y Justicia» y se divierte con su obsesión antimasonica, sabe quién es Manuel Delgado Barreto o se interesa por la obra de Joaquín Arrarás?

¿Quién no siente un pequeño estremecimiento de emoción y sumergiéndose en la lectura de Azaña no detiene sus ojos ante frases como: «La libertad no hace felices a los hombres, los hace simplemente hombres»? Con motivo de la sublevación anarquista del Alto Llobregat en 1932 se opuso a las ejecuciones sumarias diciendo: «Es que no quiero fusilar a nadie. Alguien ha de empezar aquí a no fusilar a troche y moche. Empezaré yo». Y, ya en plena guerra civil, tras los sucesos de la cárcel Modelo de Madrid —a consecuencia de los cuales quiso dimitir—, le decía a su cuñado con rabia e impotencia: «—¡Esto no, esto no!: Me asquea la sangre, estoy hasta aquí; nos ahogará a todos».

Y quien no se estremece también, pero de asco y miedo cuando estudiando la vida y la obra del general Franco le ve siempre dispuesto a fusilar, sean legionarios indisciplinados, sean españoles, cualquiera que fuera el número... a cualquier precio. Y ya concluida la guerra, seguían los fusilamientos... A sus correligionarios les decía en 1942: «Para la gran obra de redención de un pueblo, el fanatismo y la intransigencia son indispensables cuando se encuentran en posesión de la verdad. A vuestra fe y a vuestro fanatismo correspondo con el mío». Y cuatro años más tarde —ya como colofón— les decía a los mineros de la cuenca asturiana: «No hay redención sin sangre, y bendita mil veces la sangre que nos ha traído nuestra redención».

¡Qué paradoja, y qué tragedia! Después de cincuenta años la concepción del mundo, la vida y la obra del gran derrotado de la guerra civil, permanecen vigentes. Sus ideas han prevalecido y resulta el gran vencedor moral. Las ideas representadas por su oponente, su concepción del mundo, su vida y su obra han quedado relegadas al olvido, a la curiosidad historiográfica, al desprecio moral. Azaña dijo modestamente a Alvarez del Vayo: «Dentro de cien años habrá mucha gente que no sepa quiénes éramos Franco ni yo; pero todo el mundo sabrá siempre quiénes son Velázquez y Goya».

Manuel Azaña fue un intelectual que intervino en política o, si se quiere, un político hondamente interesado por el mundo de la cultura y el pensamiento. Resulta inútil —a mi juicio— empeñarse en dilucidar qué faceta de su personalidad resultaba determinante porque, precisamente, del perfecto y dramático ensamblaje de ambas, surge la importancia de su figura, la fascinación por el personaje, el respeto por su trágico destino.

Rasgos biográficos

Si hay algo que hace grandioso a Azaña o, en cualquier caso, convierte su caso en paradigmático, es esa permanente tensión dialéctica entre ambas actividades, con toda la coherencia y todas las contradicciones que se derivan de tan conflictiva fusión.

Manuel Azaña, nació en Alcalá de Henares en 1880 como es bien sabido. Se licenció en Derecho en la Universidad de Zaragoza y se doctoró en Madrid con una tesis sobre «La responsabilidad de las multitudes». Logró una beca de la Junta de Ampliación de Estudios para «L'Ecole Nationale des Chartes» de París y ganó con el número dos de su promoción la plaza de letrado de la Dirección General de los Registros y del Notariado. Fue Secretario del Ateneo de Madrid desde donde influyó progresivamente en la vida cultural española. Fundó la revista literaria «La Pluma» que dirigió hasta su desaparición. Fue colaborador de «El Imparcial», «El Sol» y la revista «España» que llegó también a dirigir. Hizo excelentes traducciones de obras francesas e inglesas, entre las que destaca «La Biblia en España» de George Borrow.

Influenciado por el krausismo, Azaña, como él mismo se definió, era sobre todo un «intelectual, liberal y burgués». En 1912 se afilió al Partido Reformista de Melquíades Álvarez para abandonarlo en 1924. Se proclama republicano, escribe el manifiesto «Apelación a la República» y funda en 1925 «Acción Republicana». Formó con José Ortega y Gasset la «Liga de Educación Política», viajó por Francia y Bélgica y visitó los frentes de guerra, donde adquirió una gran experiencia militar. En 1926 obtuvo el Premio Nacional de Literatura por su obra «Vida de don Juan Valera» y, al año siguiente, publicaba «El jardín de los frailes», célebre novela en la que describe con ironía los trazos que una estricta educación religiosa van dejando en la psicología de un adolescente —él mismo— estudiante del Colegio de los Agustinos de San Lorenzo de El Escorial.

En 1930 Manuel Azaña es Presidente del Ateneo de Madrid y firma el Pacto de San Sebastián de cuyo comité revolucionario forma parte. Proclamada la República en abril de 1931 asumió la cartera de Guerra en el Gobierno provisional y, enseguida, su presidencia tras la dimisión de Alcalá Zamora para, tras la aprobación de la Constitución en diciembre y acceder a la Presidencia de la República Niceto Alcalá Zamora, responsabilizarse él de la Jefatura del Gobierno.

En 1933, tras el triunfo electoral de las derechas, pasó a la oposición y, al año siguiente, fundó «Izquierda Republicana» con elementos del radical-socialismo de Marcelino Domingo, la «Organización Republicana Gallega Autónoma» de Santiago Casares Quiroga y su propio partido de Acción Republicana. A raíz de la Revolución de octubre fue encarcelado, procesado y absuelto. Publicó entonces «Mi rebelión en Barcelona» donde quedó fehacientemente demostrado, con la ironía que del propio título de la obra se desprende, que no sólo no había participado en la rebelión sino que, además, había intentado impedirla.

Su prestigio político fue en aumento hasta constituirse en la figura más destacada del Frente Popular. Sus célebres discursos en campo abierto donde llegó a congregar, como en el campo de Comillas próximo a Madrid en octubre de 1935, a cerca de

medio millón de personas (cifra impresionante para la época), son un modelo de oratoria política que galvanizó a las izquierdas del país bajo su indiscutible liderazgo.

Tras el éxito electoral de febrero de 1936 accedió a la Jefatura del Gobierno para, rápidamente, ser catapultado a la Presidencia de la República en mayo. «Una vez más hay que segar el trigo en verde», dijo el 19 de febrero ante el sombrío panorama que se le presentaba.

Presidente de la República

Azaña tuvo que asumir la Jefatura del Gobierno en condiciones sumamente precarias. Manuel Portela Valladares dejaba abandonado el poder y, Azaña, tenía que responsabilizarse del mismo sin poder cumplir, como era su deseo, los preceptos constitucionales.

Había llegado la victoria, pero en las peores circunstancias. Azaña diría en este sentido: «¡Ya verán como este triunfo lo vamos a pagar muy caro!». Nadie tenía paciencia. Resultaba ciertamente insólito formar Gobierno antes de que se constituyese el Parlamento y cuando ni siquiera había concluido el recuento electoral.

Azaña formó un Gobierno exclusivamente constituido por republicanos y, en las dos remodelaciones previas al 18 de julio, se mantuvo en esa línea. No eran en ningún caso gobiernos marxistas y revolucionarios como la propaganda derechista se esforzó en hacer creer como justificación de la rebelión militar.

Lo que es indudablemente cierto es que la conflictividad social y política se disparó por la izquierda y por la derecha de los republicanos de Azaña y su Gobierno. Las izquierdas no representadas en el Gobierno al que, teóricamente, sostenían se mostraban impacientes y al mismo tiempo incapaces de contener a sus masas —muchas hambrientas, dato que conviene no olvidar— que se quejaban de que los patronos desobedecían las órdenes del Gobierno («¡Que coman República!», decían). Por su parte las derechas utilizaban la situación para crear dificultades al Gobierno mientras conspiraban sin desmayo preparando el golpe de fuerza que les devolviera la hegemonía política que habían perdido en febrero.

De la lectura de la obra de su cuñado Cipriano Rivas Cherif «Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña» se desprende claramente que fue ajeno a su promoción a la Presidencia de la República. Que fue un error —y una injusticia— la destitución de Niceto Alcalá Zamora, es una conclusión en la que coinciden la inmensa mayoría de los historiadores. Si Azaña debió oponerse a la maniobra, es otra cuestión. El era ciertamente el hombre clave en aquellos momentos y parecía el único capaz de reconstruir el orden republicano que estaba empezando a deteriorarse rápidamente. Pero Azaña estaba cansado, prematuramente envejecido. Además no aceptaba seguir siendo indispensable. Les decía a sus correligionarios que tenían que irse acostumbrando a no tener que contar con él para todo. Pensaba que había llegado el momento de que otros asumieran las responsabilidades directas de gobierno.

En sus Memorias hay una laguna al respecto y, por tanto no es posible contar con su versión de los hechos, pero creo que lo que sí puede afirmarse es que fue ajeno a la maquinación de sustitución de Niceto Alcalá Zamora.

Para unos su actitud inhibitoria fue la adecuada por tratarse de una cuestión en la que él mismo se encontraba implicado al presentarle como candidato. Muy probablemente halagó su vanidad su seguro acceso a la primera magistratura del Estado. ¿Qué otro podía disputarle el puesto? ¿Qué otra personalidad republicana gozaba de su prestigio y, sobre todo, de sus apoyos? De cualquier forma parece cierto que ya no se sentía con fuerzas de seguir asumiendo el desgaste permanente que suponía la Jefatura del Gobierno, y más en aquellas difíciles circunstancias.

Para otros, dada su relevancia política, su innegable liderazgo en el seno del Estado, debería haber impedido la destitución de Alcalá Zamora, que era injustificable y más, sabiéndose como se sabía que sus relaciones personales no eran lo correctas que de la responsabilidad de sus respectivos cargos cabía esperar. Un hombre de su influencia y de su ascendiente moral, hubiera podido hacerlo probablemente, y debiera haberlo hecho, entre otras razones porque en aquellos momentos no había sustituto, no había un hombre de su talento político capaz de asumir su papel. Pero también por el propio respeto a los mecanismos constitucionales que, hipócritamente, se esgrimían para destituir a don Niceto, cuando en el ánimo de todos los intrigantes era patente la animadversión personal y el sectarismo político.

Por otra parte, probablemente tampoco el mismo Azaña hubiese sido capaz —caso de permanecer en la Jefatura del Gobierno— de enderezar la situación política. Aparte del cansancio por la continua brega política y su, quizá inconsciente o, consciente y legítima aspiración a ese retiro dorado que era la Jefatura del Estado, Azaña era sobre todo un político de brillante oratoria capaz de suscitar el entusiasmo y el aparente consenso entre el auditorio más variado, pero sólo por el convencimiento moral no se resuelven los problemas políticos sino se instrumentan los mecanismos adecuados para ello.

En aquellas difíciles circunstancias por las que atravesaba la débil democracia parlamentaria española hacía falta, no un «puro» de la actividad política —como Azaña— sino un organizador —lo que él no era—, un hombre capaz de negociar, de pactar y de aunar intereses entre las diversas fuerzas políticas que, teóricamente, sostenían al Gobierno.

Para él, tal tipo de acción —que despreciaba—, era caer en «componendas». Pero, a mi juicio, no había otra posibilidad de frenar la dinámica política que estaba empezando a desencadenarse, que la de fijar plazos, establecer compromisos, ganar tiempo por un lado, mientras por el otro se activaban los mecanismos de defensa del Estado. Creo que Azaña ya no era el hombre para esa política.

Probablemente pensó que desde la Jefatura del Estado podría desempeñar una importante labor de mediación entre las diversas facciones políticas, pero era un hombre demasiado marcado políticamente. Ciertamente el Azaña de 1936 no era el Azaña de 1931. Había madurado y templado su mordaz ironía, su implacable dialéctica, que tanto entusiasmo despertaba entre sus fieles, y tanta irritación provocaba entre sus adversarios.

Azaña era, ciertamente, más inteligente y capaz que la mayoría de los políticos republicanos de todo el arco parlamentario. Pero, la auténtica inteligencia política —sin caer en las simplificaciones que de la obra de Maquiavelo se hacen—, consiste en no despreciar nunca al adversario, pues la lucidez no determina automáticamente

el poder. La necesaria continencia verbal, la templanza formal le llegó a Azaña demasiado tarde, cuando ya se había creado demasiados enemigos. Por ello, la lógica labor de mediación que puede corresponder al Jefe del Estado, en el caso de Azaña, se encontraba comprometida «a priori». Tenía pocas posibilidades de prosperar, no por su actividad presente, sino por la memoria pasada acumulada.

Sus supuestos aliados le catapultaron hacia el olimpo presidencial, entre los cuales había extraviados que decían: «—Mejor. Así caerá desde más alto». A sus adversarios, la mera mención de su nombre les producía sarpullidos. Azaña era la encarnación misma de la República, del Estado democrático y de cierto «jacobinismo» —más formal que real— que resultaba inaceptable para la derecha tradicional española.

Manuel Azaña era una brillante excepción en el seno de los partidos republicanos. Lo trágico es que éstos eran muy débiles. La estructura de partidos en la España de los años treinta era muy precaria, quizá con la excepción del PSOE pero, a su vez, éste vivía tensiones internas muy fuertes. Julián Zugazagoitia llegó a abofetear —y era hombre muy moderado— a Luis Araquistáin con motivo de la elección de Azaña como presidente de la República a la que se oponía.

El socialismo español atravesaba por profundas divergencias internas en cuanto a la política general del partido. El ala caballerista impidió que Indalecio Prieto accediese a la Jefatura del Gobierno, lo que, probablemente, hubiese sido el deseo íntimo de Azaña con vistas a reconstruir la política de la conjunción republicano-socialista de los primeros años del régimen.

Indalecio Prieto era un hombre que, dado su pragmatismo, su instinto político y su inteligencia natural, quizá hubiera podido enderezar el rumbo del Estado. De cualquier forma, tampoco está tan claro que hubiera podido gobernar, no sólo por causa de sus propios adversarios dentro del partido o de la UGT, sino también porque sus estrictos partidarios estaban perdiendo influencia rápidamente.

Prieto, como el mismo Azaña de unos años antes, era un hombre con la suficiente energía como para haber afrontado el problema del orden público (absolutamente distorsionado por la propaganda derechista), decididamente y con eficacia. Pero no deja de ser una hipótesis. Es menos aventurado afirmar, que si había alguien capaz de abortar el golpe militar que se preparaba, ese hombre era Indalecio Prieto.

Conviene insistir, aunque sea de pasada, en un punto clave. Había un evidente descontrol de buena parte de las masas obreras que esperaban de la victoria del Frente Popular, auténticas soluciones milagrosas, con evidente ceguera política. El clima de inseguridad e incertidumbre que se iba creando, estaba minando progresivamente al Gobierno y dando argumentos a sus enemigos acérrimos. Pero el auténtico peligro venía por la derecha que, sencillamente, prestaba toda su energía, entusiasmo y recursos de todo tipo para un objetivo claro y sencillo: dinamitar el sistema democrático. Que la rebelión militar era un golpe preventivo para impedir el que supuestamente preparaban las izquierdas es una patraña propagandística que ya ni siquiera defienden los historiadores franquistas más pertinaces.

El «error Casares»

Se ha hablado del «error Casares» para referirse a que Azaña no debió elegirle para el cargo. Probablemente esta apreciación es correcta, pero la verdad es que descartada la candidatura de Indalecio Prieto no había mucho donde elegir.

Azaña, tan enemigo de componendas políticas se apoyaba, quizá en exceso, en sus amigos más fieles a los que consideraba sin más ambición que la de servir al país. Pero esta consideración le hacía a veces incapaz de calibrar la auténtica valía de sus colaboradores. Diego Martínez Barrio, al que no tendrá más remedio que acudir a corto plazo, ya había sido elegido Presidente del Congreso de los Diputados. Marcelino Domingo y Alvaro de Albornoz no congeniaban demasiado con Azaña y, además, habían tenido aspiraciones a la Presidencia de la República que, evidentemente, descartaron ante la candidatura de Azaña.

Azaña eligió a su amigo Santiago Casares Quiroga, hombre odiado por la derecha sobre todo desde su célebre enfrentamiento dialéctico el 16 de junio de 1936 con José Calvo Sotelo en el Congreso de los Diputados, y al que una maliciosa e irresponsable propaganda aún presenta como inductor del asesinato del líder ultraderechista.

Sobre Casares cayó también la cartera de Guerra, pero Casares no era el Azaña de 1931. Además, era un hombre enfermo y sin la energía que tal responsabilidad requería. Azaña le sostuvo por razones de amistad frente a tirios y troyanos sencillamente porque confiaba ciegamente en él y, quizá, porque pensó que a través de él podría seguir ejerciendo cierta influencia en la política gubernamental. No parecía el hombre adecuado pero esto es fácil decirlo ahora con la perspectiva que nos ofrece la historia.

Cuando se produce la sublevación en Melilla y, a pesar de que se trataba del desenlace previsto de lo que era para muchos la crónica de un golpe anunciado, la verdad es que cogió al Gobierno desprevenido o, si se quiere, sumido en un imperdonable exceso de confianza.

Azaña y otros prohombres republicanos estuvieron alerta tras las elecciones de febrero pero se confiaron rápidamente pensando que el peligro de golpe de Estado ya había pasado, ignorando que esta vez la conspiración no tenía nada que ver con la ingenua intentona de agosto de 1932. Esta vez la conspiración había extendido sus tentáculos mucho más que en aquella ocasión, cuando un Azaña confiado y con el control absoluto de la situación dejó que se pronunciaran para así descabezar mejor la trama. Azaña, fumando desde el balcón del palacio de Buenavista, asistió tranquilamente a la represión de la intentona en Madrid. Ahora las cosas iban a ser bien diferentes.

El golpe sorprendió a las autoridades republicanas que no habían tomado las medidas preventivas adecuadas al caso. Prieto, plenamente consciente y bien informado de lo que se tramaba no cejaba de apremiar a un Casares obcecado en su propia fuerza. Irritado por la insistencia de Prieto le tildó, según parece, de menopáusico. Cuando la situación le explotó entre las manos dijo, al parecer, aquella «boutade» de que si los militares se habían levantado él, en cambio, se iba a acostar.

De creer lo que cuenta Martínez Barrio en sus Memorias, resulta realmente

insólita la actuación de Casares Quiroga. La versión es de Plácido Alvarez Buylla, ministro de Industria y Comercio y testigo presencial. Se encontraba reunido el gabinete y el titular de Trabajo y Sanidad, Juan Lluhí Vallescà informaba sobre un proyecto de reforma de la Ley de Jurados Industriales, cuando fue bruscamente interrumpido por Casares, que dijo: «—Bueno, Lluhí: no siga usted. Hace una hora se ha sublevado parte del Ejército de Marruecos y me voy al Ministerio a tomar las disposiciones pertinentes. Señores, buenas tardes...».

¿Cómo es posible concebir que la reunión del gabinete empezase con toda normalidad si Casares ya sabía que se había producido el golpe, y si se le informó durante el Consejo, cómo no interrumpió inmediatamente la reunión para informar a sus ministros? ¿Cómo puede pensarse que un Jefe de Gobierno y Ministro de la Guerra pueda seguir escuchando tranquilamente un informe ministerial sabiendo que se han sublevado los militares en Melilla? ¿Cómo se explica que se suspendiera el Consejo sin tomar medidas colegiadas?

Sea como fuere y aunque Casares se apresuró a dar órdenes a la Escuadra y tomó diversas medidas, la situación se le escapaba de las manos y era incapaz de controlarla. Se perdió un tiempo precioso. Abrumado por las circunstancias y completamente desbordado —histérico y descompuesto según diversos testimonios— arrojó la toalla y presentó la dimisión a Azaña la noche del 18 de julio.

El Presidente de la República encargó a Martínez Barrio, tras alguna tentativa frustrada, la constitución de un nuevo Gobierno. Dado que se trataba de un pronunciamiento anti-republicano le dio instrucciones a Martínez Barrio para que en el Gobierno estuvieran representadas las fuerzas políticas y sociales afectas a la República, excepto Acción Popular y la Lliga Catalana por la derecha, y el Partido Comunista por la izquierda.

Puesto que el intento fracasa, es fácil criticar ahora la ingenuidad de intentar que prosperase un gobierno de esas características. De todas formas, sí parece claro que a un golpe de fuerza hay que responder con decisión y energía, y si hay que transgredir formalmente el ordenamiento constitucional o la Ley, se hace, pues una situación excepcional exige medidas excepcionales. En tan graves circunstancias en las que se ponen en juego tantas cosas únicamente cuenta la eficacia, y sólo por ella se juzgan las decisiones emprendidas. Ni Azaña ni Casares eran hombres para eso.

Azaña era un hombre de razón, un hombre de paz al que le repugnaba la violencia. Inequívocamente demócrata, respetuoso de la Ley y el orden, Azaña, había asumido su papel de Jefe del Estado con la decidida voluntad de serlo de todos los españoles. Desgraciadamente, la violencia era la negación de la razón, la paz saltaba hecha pedazos, el régimen democrático era asaltado por la derecha y, por la izquierda, era reducido a su mera representación ideológica. Los hombres de acción, los violentos y audaces sustituían en cascada a los hombres como Azaña.

Azaña insiste en la misma dirección y nombra un nuevo Gobierno estrictamente republicano pero ya fuertemente condicionado por las exigencias de las organizaciones de izquierda que, con sus masas de afiliados y simpatizantes, son quienes están dispuestos a morir luchando, más contra el fascismo, que en defensa de la República burguesa de abril de 1931.

José Giral asume la responsabilidad del Gobierno y refrenda las primeras entregas de armas que se han producido y da órdenes para que se generalice su distribución entre la población como último cartucho para defender el régimen constitucional.

Pero con la quiebra del régimen constitucional desaparece el Manuel Azaña constitucional para dar paso al vencido y angustiado Jefe de un Estado a la defensiva.

Manuel Azaña se encuentra ante un país en guerra civil; la situación más aborrecible que él mismo podía concebir. En la lejana fecha de 1920 había escrito: «La guerra es un crimen que nunca se disculpa, que no debe aceptarse jamás, que es necesario impedir». El 13 de abril de 1936 volvía a insistir en una idea recurrente en él que le obsesionaba: «es conforme a nuestros sentimientos más íntimos el desear que haya sonado la hora en que los españoles dejen de fusilarse los unos a los otros». Advertía Azaña que no había aceptado la responsabilidad del Gobierno para «presidir una guerra civil» sino para tratar de evitarla y, cruel paradoja del destino, ahora se encontraba presidiéndola desde la más alta magistratura del Estado.

Un Presidente desposeído

Azaña abandonó su residencia en la calle de Serrano por razones de seguridad cuando fue investido Presidente de la República para trasladarse a «La Quinta», que, como su propio nombre indica, no era un palacio —ni siquiera un palacete—, apenas un pabellón que se encontraba bastante estropeado desde que Fernando VII, aficionado a la cría de gallinas, hubiera instalado allí una especie de granja avícola. Le gustaba a Azaña su emplazamiento, en pleno bosque de El Pardo, para poder disfrutar de esos atardeceres velazqueños que tanto le cautivaban. Todo parecía indicar que Azaña buscaba cierto retiro político para poder dedicarse a leer y escribir plácidamente, pero eran aquéllos malos tiempos para la literatura.

Sus salidas desde entonces fueron esporádicas y parecía que el Presidente estaba dispuesto a ejercer como tal y, por tanto, dejar la responsabilidad directa de gobernar al Jefe de Gobierno. No parecía dispuesto a seguir mandando por persona interpuesta.

Producida la rebelión militar, Azaña se trasladó, también por razones de seguridad, al Palacio de Oriente, llamado por aquellas fechas Nacional. A partir de ese momento su pesimismo y angustia irán en aumento. Por entonces dijo: «¡Ya estamos listos para que nos fusilen!».

Azaña podía ser, y de hecho lo era, un hombre físicamente medroso, según diversos testimonios, pero de lo que no cabe duda es que tenía muy claro la suerte que le esperaba si caía en manos de sus adversarios.

La guerra suponía el fracaso de su intento de racionalizar la política española, la vida pública del país. Se opuso con todas sus fuerzas a que se entregaran armas a la población, pero ¿qué otra opción había ya? ¿entregarse atados de pies y manos a los rebeldes? Su negativa fue interpretada como traición por las masas populares que se veían atacadas sin posibilidad de defensa.

Azaña era un defensor de la Ley; era un Presidente para la paz, no para la guerra. Pero en vez de dimitir y abandonarlo todo, como hizo su fiel Casares, que

hundido física y psicológicamente dijo: «¡Que talte otro!», Azaña va a mantenerse en su puesto consciente de la grave responsabilidad que sobre él caía: defender con dignidad la institución que representaba, el decoro y el nombre de España cara al exterior. Quiere dimitir, tras las masacres de la cárcel Modelo de Madrid, pero basta recordarle que en el otro lado caen fusilados en masa al grito de «¡Viva Azaña!» o «¡Viva la República!» para que, sobreponiéndose, se mantenga en su puesto. Se produce en él como un desdoblamiento de personalidad: un Azaña profundamente deprimido que quiere morirse, y un Presidente dispuesto a soportar con entereza la dignidad de su cargo.

La guerra civil es para Azaña una auténtica tragedia, un drama personal sin paliativos que le sume en el abatimiento y la melancolía. No se sobrepone nunca y, sin embargo, se esfuerza por seguir razonando cuando la quiebra de la razón es absoluta.

Como cabeza máxima del Estado y representante legítimo del pueblo español se dirigió a éste por radio a las doce de la noche del 23 de julio desde el Palacio Nacional, con la intención —según sus propias palabras— de...

«Decir unas palabras de aliento y de gratitud a todos aquellos que con entusiasmo y heroísmo defienden la causa de la ley, que es la causa de la República, y unas palabras de grave y severa admonición a los culpables del horrendo delito que tiene destrozado el corazón de los españoles. En estos momentos de violencia, cuando se ha desencadenado contra el Poder legítimo de la República una agresión sin ejemplo, yo no diré una palabra más de violencia. Cuando todavía la conciencia nacional, sin distinción de ideas políticas ni de partidos, cuando la conciencia de toda persona delicada y conocedora del impulso del deber está escandalizada por el hecho cometido, yo no voy a decir nada que agrave el hecho mismo ni escandalice más. Voy a decir solamente palabras de aliento y de gratitud».

Es decir, Azaña, presidente toma partido de manera inequívoca pero, desde luego, no es beligerante. Por ello, refiriéndose a los protagonistas y seguidores de la sublevación, dice:

«Y aquellos causantes de este destrozo, los que llevan sobre sí el horrendo delito de haber desgarrado el corazón de la patria, los que llevan sobre sí la horrenda culpa de que por ellos se vierta tanta sangre y se causen tantos destrozos. ¿no están ya convencidos de que su empresa ha fracasado? ¿Hasta cuándo van a perdurar en su empeño? ¿Hasta cuándo van a tener escandalizado al mundo, desacreditando el nombre de español y haciéndonos verter a todos lágrimas de dolor por las víctimas que se causan, por las víctimas inocentes de la ambición y del delito? Cada día que pase y persistan en su rebeldía, hasta que sea domada por la fuerza de las armas, como lo será, si antes no deponen su actitud, agravan su culpa, y de ella responderán ante la conciencia nacional, como un día han de responder ante la Historia».

Azaña emplaza a los rebeldes ante la conciencia nacional y ante la historia. Franco en esas mismas fechas declaraba que: «Para los que persistan en la hostilidad o pretendan rendirse a última hora, no habrá perdón» y apremiaba a sus oponentes

a que se pasaran rápidamente a su bando, pues «al final exigiremos cuenta estrecha de las conductas dudosas o traidoras...». Ambos, Azaña y Franco, representaban dos concepciones del mundo radicalmente opuestas y del enfrentamiento violento entre un intelectual y un general tenía que resultar vencedor, necesariamente, el general.

Aunque Azaña dice en su alocución que la rebeldía sería finalmente sometida por las armas, rápidamente comprenderá que la República se encontraba abocada a perder la guerra. Concretamente desde que en septiembre de 1936 empezó a funcionar —o mejor dicho a no funcionar— la llamada «no intervención». Pero ya cuando el 9 de agosto el Gobierno francés decretaba el embargo de armamento destinado a España, quedando con ello patente que Francia (¡la Francia del Frente Popular de León Blum!) se negaba a ayudar abiertamente al Gobierno republicano, Azaña empezó a comprender que con ello se cavaba irremisiblemente la fosa de la IIª República.

En una entrevista concedida a Jean-Richard Bloch, publicada en «L'Avant-garde» del 15 de agosto de 1936, decía Azaña: «Si no afluyeran armas, material, técnicos en provecho de los rebeldes, lograríamos controlar a los sublevados sin demasiadas dificultades. Pero reciben poderosos recursos. ¡Y, nosotros, nos enteramos que su gobierno ha decidido mantenerse *neutral!* ¡Esta *neutralidad* resulta que confiere a los rebeldes la calidad de beligerantes formales! ¡Les sitúa en el mismo plano de igualdad que el gobierno legal de la República española!...».

En cuanto Azaña comprende que la República está perdida se esforzará desde el primer momento en conseguir una mediación en el conflicto que ponga fin a la carnicería española. Azaña desea ardientemente la paz porque no soporta una mantanza colectiva que, no sólo está arruinando materialmente al país, sino porque comprende la ruina moral que de ello se deriva.

Tras la pérdida de Talavera el 3 de septiembre, lo que supone un duro golpe para la moral republicana, Azaña tiene que aceptar la constitución de un Gobierno presidido por Largo Caballero que era el líder más representativo de las fuerzas sociales que sostenían la República. Las relaciones entre ambos nunca había sido excesivamente amistosas. La dinámica política transcurre al margen del Presidente. Azaña se sentirá cada vez más aislado.

El 18 de octubre se estrenaba en Madrid una película soviética «Los marinos de Cronstadt». Asisten a la proyección en el cine «Capitol» Azaña y el Gobierno en pleno así como el embajador soviético Marcel Rosemberg, que había presentado sus cartas credenciales a Azaña a finales de agosto. Muchas escenas del film provocan el entusiasmo de los asistentes, especialmente, la heroica defensa de Petrogrado. Llega entonces la noticia de que se ha perdido Illescas y, rápidamente se reúnen los ministros. Al poco tiempo Azaña abandona la sala. Algunos ministros se irritaron profundamente cuando Azaña les comunicó que con razón o sin ella se disponía a abandonar la capital rápidamente. «—¡Eso es absolutamente anticonstitucional!» le dijo alguno, a lo que respondió Azaña: «—Sin duda está más de acuerdo con la Constitución abrir las cárceles y repartir fusiles entre la población penal. Además, lo que yo pienso hacer hoy es lo mismo que van a hacer ustedes dentro de muy pocos días». Y así ocurrió efectivamente.

Al día siguiente la prensa barcelonesa se hacía eco de la llegada a la ciudad del Presidente. Una nota oficiosa trataba de justificar la huída de Azaña como el inicio de una serie de visitas. Sin duda a Azaña le obsesionaba la idea de caer en poder de sus enemigos y verse vejado, humillado y, muy probablemente, asesinado. En Barcelona se instaló en una finca particular llamada «La Barata», a 10 Km. de Tarrasa, y desde allí se trasladaba al Palacio de Pedralbes para cumplir con sus obligaciones presidenciales. Azaña había optado por Barcelona en vez de por Valencia como quería el Gobierno. A partir de ese momento las relaciones con el Gobierno no serían fáciles. La República necesitaba al Azaña de 1931, un hombre enérgico capaz de galvanizar a la opinión pública con su poderosa oratoria y dar a los combatientes una razón para morir y fe en la victoria. Pero Azaña se ha venido abajo con la generalización del conflicto y deja de ser un líder político. Si ni él mismo tiene fe en la victoria, ¿cómo va a ser capaz de transmitir tal sentimiento? A partir de ahora desaparece el político y persiste la moral personal del hombre.

Los discursos de un presidente

El 21 de enero de 1937 Azaña pronuncia un importante discurso en el Ayuntamiento de Valencia en el que explica la posición de la República. Dice Azaña:

«Cuando se hace la guerra, que es siempre aborrecible, y más si es entre compatriotas; cuando se hace la guerra, que es funesta, incluso para quien la gana, hace falta una justificación moral de primer orden que sea inatacable, que sea indiscutible».

De ahí, prosigue Azaña:

«(...) se deduce lo inatacable de nuestra posición, la tranquilidad para nuestra conciencia personal y para afrontar el juicio de la historia.

Hacemos una guerra terrible, guerra sobre el cuerpo de nuestra propia patria; pero nosotros hacemos la guerra porque nos la hacen. Nosotros somos los agredidos; es decir, nosotros, la República, el Estado que nosotros tenemos la obligación de defender. Ellos nos combaten; por eso combatimos nosotros. Nuestra justificación es plena ante la conciencia más exigente, ante la historia más rigurosa.

(...) nosotros nos batimos por la unidad esencial de España. Nosotros nos batimos por la integridad del territorio nacional. Nosotros nos batimos por la independencia de nuestra patria y por el derecho del pueblo español de disponer libremente de sus destinos. Por eso nos batimos».

Azaña, recuperada momentáneamente la esperanza tras la heroica defensa de Madrid, parece como si vislumbrará en un horizonte lejano la posibilidad de la victoria. Pero sus palabras de ningún modo podían ser optimistas y cierra su discurso así:

«No será un triunfo personal, porque cuando se tiene el dolor de español que yo tengo en el alma, no se triunfa personalmente contra compatriotas. Y cuando vuestro primer magistrado erija el trofeo de la victoria, su corazón de español se romperá, y nunca se sabrá quién ha sufrido más por la libertad de España».

Los sucesos de mayo en Barcelona someten al presidente a un auténtico aislamiento. Como él mismo ha relatado, dos semanas después de la insurrección escribía su célebre «La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra de España», auténtica obra maestra donde mejor puede apreciarse la fusión entre literatura y política. Se trata de una auténtica lección de humanismo, de una desesperada llamada a la razón, a la cordura y a la imprescindible convivencia entre los españoles. Aparte de sus cuatro famosos discursos de guerra, Azaña escribiría su Cuaderno de la Pobleta, de mayo a diciembre de 1937, y sus notas de Pedralbes entre abril de 1938 y enero de 1939. Se trata de un caso insólito. A pesar de todas sus vicisitudes personales saca fuerzas de la flaqueza para escribir y dejarnos a los españoles su testimonio y su reflexión sobre el desgarramiento español de 1936.

Tras la crisis de Gobierno de mayo de 1937 que concluyó con la sustitución de Francisco Largo Caballero por Juan Negrín, Azaña tuvo la esperanza, dada la sólida formación intelectual y reconocida inteligencia y capacidad de Negrín, de que tendría mayores posibilidades de hacer oír su voz, de que sus opiniones serían al menos atendidas. Pero el doctor Negrín era hombre de muy distinto talante al de Azaña. Desbordaba actividad y energía y buscaba la victoria aunque para ello, como él mismo dijo, tuviera que aliarse con el diablo. Azaña aspiraba sobre todo a detener la matanza. Aislado políticamente, como él mismo denunciaba patéticamente a Negrín, se fue sumergiendo cada vez más en sus reflexiones sobre el drama español.

«¿Me llevarán ustedes ante un tribunal, por derrotista? Desde el 18 de julio del 36, soy un valor político amortizado. Desde noviembre del 36, un Presidente desposeído. Cuando usted formó Gobierno, creí respirar, y que mis opiniones serían oídas, por lo menos. No es así. Tengo que aguantarme. Soy el único a quien se puede violentar impunemente en sus sentimientos, poniéndome siempre ante el hecho consumado. Me aguanto por el sacrificio de los combatientes de verdad, lo único respetable. Lo demás, vale poco. ¿Hasta cuándo he de aguantar? ¿Hasta qué? Usted mismo, Juan Negrín, no cree en lo que dice. Necesita usted tonificarse con esa ilusión. Pero le sobra a usted inteligencia para no conocer que es ilusión».

El obsesivo tema de reflexión de Azaña gira permanentemente sobre la crueldad de la guerra. En el discurso pronunciado en la Universidad de Valencia el 18 de julio de 1937, hacía una reprobación explícita de la política de exterminio que invadía las tierras de España, diciendo:

«Pues bien: debe afirmarse —yo lo he afirmado siempre— que ninguna política se puede fundar en la decisión de exterminar al adversario; no sólo —y ya es mucho— porque moralmente es una abominación, sino porque, además, es materialmente irrealizable; y la sangre injustamente vertida por el odio, con propósito de exterminio, renace y retoña y fructifica en frutos de maldición; maldición, no

sobre los que la derramaron, desgraciadamente, sino sobre el propio país que la ha absorbido para colmo de su desventura. Eso yo no lo deseo. Yo me opondré con el peso de mi autoridad y con todo el poder que tenga, moral o personal, dondequiera que esté, a que nuestro país, el día de la paz, pueda entrar nunca en un raptó de enajenación por las vías del odio, de la venganza, del sangriento desquite. Odio y miedo causantes de la desventura de España, los peores consejeros que un hombre pueda tomar para su vida personal, y sobre todo en la vida pública. El miedo enloquece y lanza a las mayores extravagancias y a los más feos actos de abyección; el odio enfurece y no lleva más que al derramamiento de sangre. No. La generosidad del español sabe distinguir entre un culpable y un inducido o un extraviado. Esta distinción es capital porque tenemos que habituarnos otra vez unos y otros a la idea, que podrá ser tremenda, pero que es inexcusable, de que de los veinticuatro millones de españoles, por mucho que se maten unos a otros, siempre quedarán bastantes, y los que queden tienen necesidad y obligación de seguir viviendo juntos para que la nación no perezca».

Apenas unos días después, el 26 de julio, impresionado por la ferocidad de la contienda, a uno y otro lado de las trincheras, escribía en su diario:

«Cuando estén colmadas de muertos las cuencas de España, muchos creerán haber engendrado una nueva patria; o lo dirán, para que la sangre de sus manos parezca la sangre de un parto. Se llaman padres de la patria, o sus comadrones, y no son más que matarifes».

Azaña pronunció otro importante discurso en el Ayuntamiento de Madrid el 13 de noviembre de 1937 en el cual insistía, una vez más, en todo lo que significaba la República que él tanto había contribuido a edificar y, ahora, veía desmoronarse sumido en la impotencia. Afirmaba Azaña:

«Nosotros nos batimos en defensa propia, no sólo en defensa de la vida del pueblo, sino en defensa de aquellos valores que son la razón suprema de vivir: en defensa de la libertad de España y de la libertad de todos los españoles, incluso de los que no quieren la libertad.

Tengo que decirlo cien veces: en defensa de la libertad de España, personificada en la República, que es el régimen jurídico de la libertad, la cual alcanza incluso a los mismos enemigos de la libertad; guste o no guste. La mayor parte de los que son enemigos de la libertad son enemigos de la libertad ajena, pero no de la propia; lo que quieren es convertir su libertad en tiranía sobre nosotros».

Pero, de todos los discursos de Manuel Azaña durante la contienda, el pronunciado en el Ayuntamiento de Barcelona, que fue el último, el 18 de julio de 1938, es el que ha alcanzado mayor impacto en la memoria colectiva de los españoles. Es un discurso de hombre de Estado. Azaña no sólo habla para los españoles de entonces, sino para los de después, para todos nosotros, para la historia. «A pesar de todo lo que se hace para destruirla, España subsiste», dice. El resultado no puede satisfacer a nadie.

«(...) cientos de miles de muertos; ciudades ilustres y pueblos humildísimos, desaparecidos del mapa; lo más sano del ahorro nacional, convertido en humo; los odios, enconados hasta la perversidad; hábitos de trabajo, perdidos; instrumentos de trabajo, desaparecidos; la riqueza nacional, comprometida para dos generaciones».

El daño ya estaba causado, no tenía remedio. La reconstrucción de España tendría que ser una obra colectiva, de todos los españoles, «cuando reine la paz —dirá Azaña—, una paz nacional, una paz de hombres libres, una paz para hombres libres», los españoles podrán comprobar entonces lo que nunca debió ser desconocido: «que todos somos hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo».

Concluía Azaña su discurso con las que han acabado siendo sus más célebres palabras:

«(...) y cuando la antorcha pase a otras manos, a otros hombres, a otras generaciones, que se acordarán, si alguna vez sienten que les hierve la sangre iracunda y otra vez el genio español vuelve a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y con el apetito de destrucción, que piensen en los muertos y que escuchen su lección: la de esos hombres, que han caído embrabecidos en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: Paz, Piedad y Perdón».

El testamento moral de Azaña

Pero ya nadie escuchaba a Azaña, genuino representante de una España que desaparecía en medio del fragor de los combates, y menos le escuchaban los que desde el otro bando le odiaban con pasión enfermiza. El general Emilio Mola decía desde los micrófonos de Radio Castilla el 15 de agosto de 1936:

«¡Sólo un monstruo, un monstruo de la compleja constitución psicológica de Azaña, pudo alentar tal catástrofe! Monstruo que parece más bien la absurda experiencia de un nuevo y fantástico Frankenstein que fruto de los amores de una mujer. Al final de nuestro triunfo pedir su desaparición me parece injusto. Azaña debe ser recluido, simplemente recluido, para que escogidos frenópatas estudien un caso, quizá el más interesante, de degeneración mental ocurrido desde Cronstadt, el hombre primitivo, a nuestros días».

Esto lo decía «El Director», es decir, la cabeza rectora de la conspiración antirrepublicana desde abril de 1936 que sentó las bases de la sublevación que condujo a la guerra civil; el mismo que en sus instrucciones reservadas decía que «la acción ha de ser en extremo violenta» y que había que aplicar «castigos ejemplares»; el mismo que decía que el «Movimiento» debía ser «de una gran violencia»; el mismo que había decidido «la guerra sin cuartel»; y el mismo que decía: «Yo veo a mi padre en las filas contrarias y lo fusilo».

Azaña tenía más que sobradas razones para sentir miedo, pero tenía corazón,

ese mismo corazón que se le estaba desgarrando de sufrimiento. En su diario de guerra, anotaba el 1 de julio de 1937:

«Rencor no le tengo a nadie. Es incompatible con la paz interior. Es muy incómodo vivir rencoroso, y aunque, como todo el que cursa la vida pública, y más de lo que es habitual, he recibido agravios horribles y padecido injusticias crueles, no guardo rencor. (...) Ahora mismo, no siento el más mínimo deseo de vengarme de los rebeldes, ni en conjunto ni personalmente. Por muy escandalosa que sea la indigna conducta de algunos».

La muerte de un Presidente

Azaña, tal y como él mismo había presentido, atravesaba a pie la frontera española con Francia la madrugada del 5 de febrero de 1939. Se niega a regresar a la zona centro-sur donde todavía combaten los soldados de la República. El 27 de febrero firma su dimisión como Presidente de la República, convencido de que no hay salida militar para la República y ante el reconocimiento del Gobierno de Burgos por parte de Francia e Inglaterra. Cuando tiene noticia del golpe casadista en Madrid el 6 de marzo, lo califica de golpe de Estado contra la legitimidad republicana.

Azaña residió en Francia sucesivamente en un pueblecito de la Alta Saboya, en la Embajada española en París, en Pyla-sur-mer cerca de Arcachon en la costa atlántica y, finalmente, huyendo de la Gestapo y la policía franquista, se instaló en Montauban, donde, de no haber sido por la intervención diplomática de México hubiera sido secuestrado y reexpedido a España como lo fueron su cuñado Rivas Cherif, Cruz Salido y Julián Zugazagoitia, éstos dos últimos fusilados por Franco. Hasta el mismísimo embajador franquista en Vichy, capital de la Francia colaboracionista, José Félix de Lequerica, llegó a trasladarse a Montauban para coordinar la operación.

El 15 de septiembre de 1940 Azaña sufre un ataque cerebral del que ya no se recuperará. El 1 de noviembre entraba en coma profundo para expirar dos días más tarde. Siempre había repetido que no le levantasen por nada ni por nadie de allí donde muriera. Y, allí yace definitivamente, en el cementerio de Montauban bajo una sencilla lápida de piedra —los escritores tienen siempre entierros más sencillos que los generales—, que, simplemente, dice: MANUEL AZAÑA (1880-1940).

La figura de Manuel Azaña suscita hoy, con la perspectiva que proporciona la historia, admiración por sus virtudes y aciertos, y un profundo respeto por sus defectos y errores.

No recuerdo quien dijo que los hombres éramos soberbios y vanidosos porque nos comparábamos con los demás únicamente en aquello que les superábamos. No hay tantos españoles relevantes capaces de salir airosos de un examen comparativo con él. Su figura, tan maltratada, tan vejada, tan olvidada, bien merece hoy la gratitud y el reconocimiento que durante tanto tiempo se le han negado y, a veces, parece que se le siguen negando por la mezquindad propia del actual pragmatismo político. La torpeza y el oportunismo de algunos son inversamente proporcionales al horizonte ético de lo mejor del ideario del que tan ampulosamente se reclaman y del cual, el mismo Azaña, resulta hoy un referente imprescindible.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

- AZAÑA, Manuel: *Obras Completas*, tomos III y IV (Compilación, disposición de los textos, prefacio general, prólogos y bibliografía por Juan Marichal). Eds. Oasis, México, 1967-1968.
- AZAÑA, Manuel: *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra de España*. (Edición, introducción y notas de Manuel Aragón). Ed. Castalia, Madrid, 1974.
- ARAGON, Manuel: *Posibles bases para la comprensión de la obra política de Azaña*, en: «Movimiento obrero, política y literatura en la España contemporánea» (Edición de Manuel Tuñón de Lara y Jean-François Botrel). Edicusa, Madrid, 1974, págs. 127-142.
- CARABIAS, Josefina: *Azaña: los que le llamábamos don Manuel*. Plaza y Janés Eds., Barcelona, 1980.
- GAROSCI, Aldo: *Los intelectuales y la guerra de España*. Eds. Júcar, Madrid, 1981 (Capítulo IV, «La angustia de Manuel Azaña», págs. 82-99).
- HERREROS, Isabelo: *Testimonio. Los últimos días de Azaña* (entrevista a Jean Gregory de Valdés), en: TIEMPO DE HISTORIA, núm. 74 (Madrid), enero 1981, págs. 26-37.
- MARICHAL, Juan: *La vocación de Manuel Azaña*. Edicusa, Madrid, 1968.
- REIG TAPIA, Alberto: *Manuel Azaña en la guerra civil*, en: CUADERNOS DE CIENCIA POLITICA Y SOCIOLOGIA, núms. 3-4 (Madrid), julio-diciembre 1980, págs. 22-25.
- RIVAS CHERIF, Cipriano de: *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña* (Introducción y notas de Enrique de Rivas Ibáñez) Eds. Grijalbo, Barcelona, 1979.
- VARIOS AUTORES: *Azaña* (Edición de Vicente-Alberto Serrano y José María San Luciano). Eds. Adascal, Madrid, 1980.